

Por Carlos Balaguer

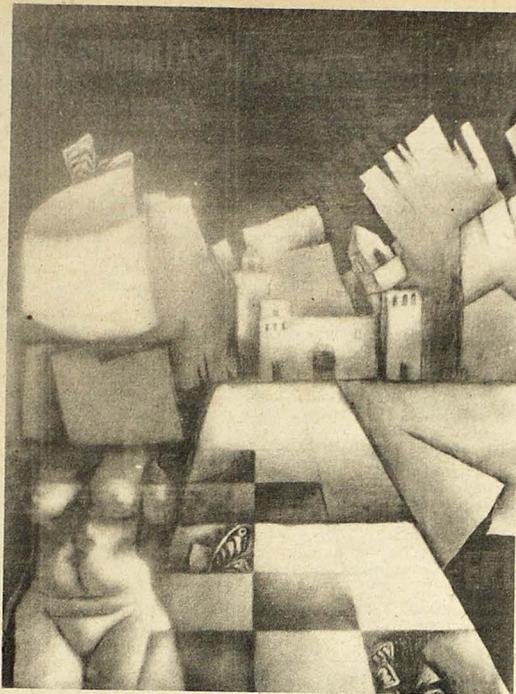
Quando ella se perdió entré las pieles acartonadas en que nos envuelve el dolor, cobrando vida alrededor una penumbra inaudita y helada, el enorme avión de la Braniff se elevó sobre el nocturno aeropuerto de ventanas encendidas por la energía eléctrica. Me susurró algo que borró la brisa de las turbinas a propulsión. Yo le pregunté hacia dónde quería ir y no me contestó nada. Miró nada más de largo, hacia donde la lluvia sobre el vidrio del parabrisas le dejaba ver a todo lo interminable de la carretera en la noche.

—Hacia cualquier lugar — respondió—. Qué más me da esta noche. Le pagaré las vueltas que quiera dar, hacia donde yo no conozca, hacia donde nunca conozca ni haya conocido.

—De dónde viene...? Parece un dicho popular, la pregunta de todos. Dime de dónde vienes y te diré quién eres... Pero es imposible a veces responder con claridad a una intriga y un enigma, como suelen ser todas las preguntas que hace la gente, o por lo menos que parecen serlo. Dime de dónde vienes... y cómo responder.

La mujer se puso a reír en el asiento de atrás, mientras me veía atenta al través del espejo retrovisor. Yo conducía hacia adelante, pero mirándola a ella; sus ojos violeta y su tez blanquísima, como si yo me dirigiera hacia adelante en realidad, pero con mis ojos puestos en el pasado, igual que si ella formara parte de mi pasado, de ese ser amable solo y enamorado que se nos queda atrás. Pero no había nada de eso. Yo tan sólo la conducía por la ciudad, como cualquier taxista en cualquier ciudad del mundo lo hubiera hecho. Yo no era diferente a ningún chofer del mundo, ni aquella carretera nocturna, ni nada. Ella era el único ser diferente a mis espaldas. Y algo me decía que mi pasajero tenía partido algo en su alma.

—Iremos por toda la ciudad. Le mostrare que la vida sigue adelante y que el mundo continúa su canción inagotable. Y además que al fin recordará sin



"Ciudad de tus pasos perdidos", obra en tinta de Carlos Balaguer.

Dime de dónde vienes...

dolor de dónde viene, en qué lugar la dejó abandonada el tranvía de la "suerte".

—Ese tranvía llamado deseo. Tengo mucho deseo esta noche. Deseo de olvidar, deseo de amar, de desnudarme en un lecho cualquiera, de beber y de cantar; de saber quizá de dónde vengo para saber quién soy... Dime de dónde vienes... y yo responderé tal vez sí de un sueño dissipado, de una ciudad sin importancia, de unos brazos oscuros, de la tierra, del polvo, de las aguas de un río urbano donde descarguen sus alcantarillas las fábricas y barrios... del océano amaneciendo. Fuimos a beber a un centro nocturno. A eso de las tres de la madrugada nos fuimos al hotel. Iba ligera de equipaje. Casi desnuda. Casi sin vida en su hermoso rostro. Mejor dicho sin el gesto colectivo.

—Cuando yo era niña, tuve un perrito a quien amé tanto. Cuando él murió quedó sumergido en las aguas del estanque. Lo encontré deshecho, entre el limo verde de la destrucción. A los años el estanque se secó y su limo pasó a ser tierra, polvo. El ser que algún día amamos se nos pierde de pronto en el incendio. Y sus cenizas empiezan a volar en el tiempo. Uno guarda aquel polvo mineral, como único vínculo a la materialización de la nada, del recuerdo. Lo encerramos en un frasco de vidrio, así como se encierra el dolor en la probeta de la vida. Un día de tantos nos cansamos de aquel si-

lencio de cenizas y brisas antiguas. Y pisoteamos y rompemos la posibilidad de conexión entre las materias transformadas de aquel gesto, de aquella voz, de aquella expresión, de aquel organismo articulado en nuestro suceso, en nuestra existencia. Pero así como el alma se agita y se enamora del polvo o de las cenizas de todo lo que surge de ese tormentoso vacío para decirnos que nos ama, así nos perdemos de vista sin saber acaso de dónde venimos algún día, desde dónde vino ese fuerte sentimiento y hacia dónde iremos, o irán nuestras palabras. Y llegaremos desde el polvo o desde las estrellas y nos perderemos por el mismo sendero —regresando— como se pierden la lluvia, los ríos o los astros nocturnos en el cosmos.

Nos encontramos alguna vez a la salida del silencioso tranvía llamado deseo, u olvidado. La reconocí por la manera de mirarme, de suspirar ante las rosas del arriate de la estación o de perderse de vista en las calles de la ciudad como nos perdemos en las autopistas del tiempo. Jamás volveríamos a preguntar ni a preguntarnos de dónde viene el viento o la primavera, pues el árbol nace de esas raíces amargas sepultadas en la espesura de la tierra, y al final la procedencia de todo es una cuestión ilegítima, y todo aparece de repente a punto de vivir o de morir.

Nunca más la volví encontrar. Tan sólo sé que vendrán lluvias suaves. Y que otra vez sobre los charcos de la calle, o sobre las piedras, o sobre el asfalto, volverán a cruzar "de paso" las gentes que tropiecen con tu sombra, te miren a los ojos, te sonrían y te pregunten de dónde vienes para decirte lo que quieren...

Los Libros y los Días

Las Fronteras Movedizas

Por Ramón J. Sender

En otros tiempos era frecuente oír la palabra "beduino" como un calificativo denigrante. El padre decía tal vez al hijo cuando éste hablaba más de la cuenta sobre cosas que no entendía: "Cállate, beduino". Beduino es en árabe el hombre del desierto. Bedua es el desierto arenoso por donde andan las caravanas de camellos.

Considerar al beduino como hombre poco hábil es de una gran injusticia, sobre todo viendo lo que sucede ahora en las nuevas y movedizas fronteras del Sinaí. Nuevas porque lo son desde las guerras entre Israel y Egipto. Movedizas porque están cubiertas de arena y porque las arenas deben tomar partido por un país o el otro.

Los beduinos nómadas saben aprovechar las condiciones políticas para obtener beneficios como contrabandistas. Y el objeto del contrabando es el automóvil de lujo, nada menos. Y para más detalles el automóvil robado.

Vale la pena explicarlo. Las fronteras regulares alteradas por la guerra van volviendo poco a poco a la antigua demarcación a través de tratados nuevos de paz y nuevas rectificaciones amistosas. No son sólo los egipcios y los israelíes quienes se preocupan de esas fronteras movedizas, sino también los beduinos. Y éstos entierran los coches robados en las arenas para sacarlos cuando esa área del desierto vuelve a ser egipcia. Los israelíes dicen haber encontrado enterrados en las arenas más de doscientos automóviles de alta calidad y confiesan que no saben cuántos centenares más han logrado vender los beduinos a los egipcios en rectificaciones anteriores. Entre las muchas ventajas de ese sistema ilegal hay que tener en cuenta que el vendedor no tiene que pagar impuestos de aduanas.

Los beduinos enterraban los autos y esperaban los resultados de las conferencias egipcio-israelíes para sacarlos a la superficie cuando el territorio volvía a pertenecer al país de Ramsés. Intelligente y hábil ocurrencia. Siempre que hay guerras entre dos naciones hay una tercera que saca algún provecho de la nueva situación. Pero nadie había hasta hoy enterrado en la arena automóviles del más alto precio.

No siempre los ladrones eran los mismos beduinos. A veces pagaban un bajo precio a otros aventureros menores que tenían más o menos organizado ese sistema de expropiaciones.

Como todavía se usa en España y en la América de habla española la expresión "beduino" con intención vejatoria, y yo mismo lo he hecho, más o menos en serio, me considero obligado a rectificar después de haber leído esta estupenda noticia. Entre las infinitas maneras de robar y de vender lo robado faltaba una de veras genial y poderosamente imaginativa, en la cual fueran cómplices involuntarios los gobiernos de algunas naciones demasiado absortos en sus problemas para pensar en el contrabando de automóviles.

Los beduinos montados en sus camellos y vigilando sin despertar sospechas sus almacenes subterráneos de Cadillac, Mercedes Benz, Rolls ingleses y franceses Renault y complicando en sus aventuras el derecho internacional, las arenas y los vendavales del desierto, han demostrado capacidades nuevas en los niveles del alto comercio. Antes sólo vendían camellos y tal vez pipas de kiff.

Y es que esos pueblos primitivos que nunca tienen prisa y van de oasis en oasis y de tribu en tribu rezando y soñando, asimilan los sistemas más complejos de la llamada civilización. A ningún "broker" de Wall Street por mucha experiencia que tenga se le ocurriría nada parecido. Y es que la civilización ayuda a la gente incivil (los beduinos no tienen ciudad y se pueden considerar legalmente inciviles, sin ofensa), lo mismo que la ley promueve naturalmente la ilegalidad. Y los beduinos además de vender pipas de kiff y el kiff mismo, que es llamado también hashish, ahora almacenan motores Diesel o super-Fords o Corvettes bajo las arenas para encargarse de su transporte a los legisladores de El Cairo o de Tel Aviv. Los beduinos en lugar de llevar el contrabando de alta industria al otro lado de la frontera, esperan que les pongan la frontera detrás del contrabando.

Lo que quieren decir los beduinos, y nos dicen tal vez sin darse cuenta, es cosa ya sabida a lo largo de los siglos; que el orden de las relaciones sociales, dentro o fuera de la ley, ha sido siempre el mismo, unas veces entre los pueblos que se mantienen en las mismas formas de acción y reflexión que prevalecían hace quince siglos y otras entre los más avanzados países. Las formas de la tendencia a la unidad son diferentes, pero el ingenio y la codicia los mismos.

La tecnología más complicada puede ser en manos de los beduinos un medio de inteligente desarrollo dentro o fuera de la ley. Y el primitivismo de las tribus nómadas una forma de incivildad más sofisticada ocasionalmente que la civilización.

¿La tendencia a la unidad en el bien o en el mal? Cuando la frontera se les ha puesto detrás los beduinos han desenterrado centenares de automóviles y los han vendido con ganancias escandalosas. Pero ellos siguen montados tranquilamente en sus camellos tarareando melodías religiosas, mientras se pone el Sol y asoma la Luna. O al revés: cuando se pone la Luna y amanece el Sol.

Recordando tal vez la trinidad de los tiempos de Ramsés o de Cleopatra, que fue la que luego heredaron con otros nombres los griegos y los cristianos: Isis, Osiris y Horus. Aunque los beduinos no han sido nunca trinitarios.

Filosofía, Arte y Letras